

## LOS NUEVOS

Cinco escritores llaman la atención estos días por su debú en novelas en las que despliegan sus recursos literarios con desigual fortuna. Los temas son el intimismo de sentimientos y deseos y la complejidad del desdoblamiento. El primero lo abordan con talento Isabel Blare, en *Una Mujer Sola*, y Mercedes Cebrián, en *El malestar al alcance de todos*; mientras del segundo se encargan Gabriel Ramírez, que recuerda las buenas maneras literarias de Camus, y Francisco Pérez Gandul y José Morella, que no cumplen las expectativas.

# Voces dentro de un caballo

FRANCISCO SOLANO

La creación de un sello editorial, predominantemente dedicado a autores desconocidos, con un criterio de exigencia literaria que excluya el mimetismo, la calcomanía, la neutralización de la palabra, no deja de ser una empresa heroica, en estos tiempos tan apegados a la rentabilidad comercial. Caballo de Troya, perteneciente a Random House Mondadori, aunque con un perfil de editorial independiente, nace con "vocación de explorar y apostar por las escrituras emergentes", y hay que decir, de entrada, que en sus dos primeras propuestas destaca el inobjetable talento de sus autoras: Isabel Blare y Mercedes Cebrián. Por lo demás, nada se dice de ellas, lo que supone una declaración a favor del valor específico del texto, sin propagandas externas, biográficas o de rango social, que inevitablemente determinan la perspectiva de la lectura.

La novela de Isabel Blare, *Una Mujer Sola* —así escrito, pues se trata del apodo que utiliza la narradora en los chats de cibersexo—, contiene la expresión de una soledad radical, confrontada en el anonimato y la invisibilidad, que se presenta como la equivalencia, valga la aserción, de una autopsia de la inexistencia: "Se equivocan los que creen que se entra en los chats para ser otro: entramos para no ser nadie, desaparecemos del todo al salir, no existimos ni allí ni en ningún sitio". Allí existe el lugar de la soledad, la soledad misma, el sexo ("no existo, pero mis orgasmos sí"); en esa dimensión no hay individuos, todos los nombres son falsos, y esta mujer se somete a la humillación del placer, a la mecánica pornográfica, a la fantasía



Arriba: Mercedes Cebrián y Gabriel Ramírez. Abajo: Francisco Pérez Gandul y José Morella.

sexual, no para reintegrarse a una vida posible, sino para aceptar así su condición invisible: "He desaparecido, mi cuerpo no importa ya a nadie: ahora sólo soy cerebro, curiosidad y dos manos que escriben rápido". Sin quejas ni autocompasión, con una insidiosa lucidez que no flaquea, la narradora de *Una Mujer Sola* exhibe la dolorosa

resignación de una mujer, apéndice de un ordenador más real que ella misma. La novela es el diario de unas vacaciones, un mes de agosto en Madrid. Isabel Blare, con esta tristísima novela, nos invita a percibir una forma de desgracia, muy de nuestro tiempo, donde las convulsiones sexuales, imaginarias pero concretas, im-

portan más que el cuerpo y la vida. La pornografía de los chats es aquí lo único visible, y su explicitud conforma el espesor de una soledad que a nadie dejará indiferente.

*El malestar al alcance de todos*, de Mercedes Cebrián, agrupa fluidamente poemas y cuentos, sin que los diferentes géneros obliguen a modificar la orientación de

la lectura. Fiel a su título, no hay página que no nos involucre en una crueldad sutil, no por sutil menos cruel. A la vista de este libro, Mercedes Cebrián posee un don innato para revelar los aspectos menos favorables de la conducta humana, y una competencia asombrosa para describir situaciones donde la estupidez de hombres y mujeres culmina en una ácida caricatura, un retrato tan verídico que se diría una radiografía moral, iluminada por una inteligencia nada compasiva con la realidad. No es demasiado habitual que, además de estar bien escrito, con un estilo tan llano como preciso, un libro de cuentos (y poemas) sea también inteligente. La mirada de Mercedes Cebrián se ocupa con igual penetración de las consecuencias de una boda que aún se está celebrando ('Aluminosis'), de la adicción a la cultura como revés de la tontería ('Retóricos anónimos'), de la inoportunidad de enseñar fotos del marido a una madre recién separada ('El mueble auxiliar'), de la autoconsciencia de la mediocridad en un congreso Hispanoamericano de Escritores de Libros de Oferta ('En el país de los ciegos'), de los diferentes prólogos a la obra *Repare su vida familiar*, que acaba titulándose *Asuma su ruptura familiar*, por imperativos biográficos del autor ('Libro de familia').

De más está decir que Isabel Blare y Mercedes Cebrián, con sus biografías ocultas dentro de este caballo de Troya, vienen a quedarse. La literatura no es sólo reconocimiento de la ciudad; también es un asedio.

*Una Mujer Sola*. Isabel Blare. Caballo de Troya. Madrid, 2004. 141 páginas. 11,50 euros.

*El malestar al alcance de todos*. Mercedes Cebrián. Caballo de Troya. Madrid, 2004. 158 páginas. 12,50 euros.

## De la suplantación y otras desgracias

CON DIVERSOS tratamientos, ángulos distintos, aprovechamiento y resultados desiguales, las tres novelas de las que aquí se habla coinciden en abordar la suplantación y los efectos desastrosos que se derivan de una identidad falsificada, ya sea por necesidades de supervivencia, por trastornos de la vejez o para desafiar con la simulación un opresivo régimen político.

*Celda 211*, de Francisco Pérez Gandul (Sevilla, 1956), es una novela que cabe calificar de carcelaria, pero se ve a las claras que el autor ha buscado un tema novelesco, sin reparar en que un asunto así no se puede despachar sencillamente con el procedimiento de hacer hablar a los reclusos con muchas palabrotas, mierda cada dos palabras, participios terminados en ío y ao, y mucho joé, bofetás, verdá, y tantas otras del mismo jaez. La pretensión de reflejar el argot deviene aquí en disparate; la novela misma es un modelo de incongruencia y desatino. Arranca con la visita de un funcionario de prisiones que, en su inspección al centro penitenciario el día antes de su entrada en servicio, sufre un desmayo, a la vez que se produce un motín de presos, y él se queda dentro, confundido con los internos, que lo creen uno de

los suyos. Ese desmayo, que indica apocamiento o debilidad de carácter, no le impide al autor, en un alarde inusitado de inverosimilitud, pocas veces logrado, que este hombre no sólo se adapte, con imprevista habilidad, a una situación de extrema violencia, sino que se convierta prácticamente en guía de la rebelión. Para que esto ocurra, claro está, Pérez Gandul inserta motivos fortuitos en la acción para que el aparatoso engranaje no chirrié. Pero chirría mucho, hasta el punto de agradecer el blanco de la última página.

José Morella (Ibiza, 1972) se inicia como novelista con *La fatiga del vampiro*, una novela que comienza adscrita al costumbrismo que podríamos llamar laboral —el narrador y protagonista trabaja en una editorial— para enseguida derivar a una reflexión metafísica de la suplantación, usando siempre un estilo, impregnado de modismos y coloquialismos, que pretende pasar por lenguaje natural lo que no es más que pereza mental. Una tendencia actualmente en alza, donde el habla sustituye a la expresión literaria. Aquí a un personaje amenazador se le denomina "el Hijo de Puta", y la novela abunda en expresiones del tipo: "Me importaba un

huevo que me matara". Así, en todo caso, no se juega a favor de la credibilidad. Simplemente se juega. Morella juega a escribir, y se divierte. Sirviéndose de la figura de Cortázar, o más bien prestigiando la trama con la sombra del autor de *Rayuela*, la novela desarrolla lo que debían ser las confesiones de un conocido escritor argentino, a punto de morir, que decide contar la impostura en que ha consistido su vida. El viaje a Buenos Aires, los encuentros con el escritor, sumen al narrador en la extrañeza de que tal vez ese autor "estuviera muerto desde hacía mucho tiempo". El interesante planteamiento, sin embargo, no se ha visto refrendado por un talento adecuado, y *La fatiga del vampiro* se desmigaja con baratos sustos de novela gótica a medida que avanza.

La novela de Gabriel Ramírez Lozano (Toledo, 1964), *La edad de los protagonistas*, ha recogido magníficamente las maneras literarias y la textura moral de la obra de Camus, y aunque debe mucho al autor de *El extranjero* posee una solidez nada habitual en una primera novela. Situada en pleno franquismo, narra el caso de un policía de la Brigada Política Social, Pepe Tocornal, colocado en el lugar equi-

vocado, en los límites de la autodestrucción y el asco, que se esfuerza por dar a su existencia, al colaborar en una organización clandestina, una dignidad secreta que nunca podrá ser recompensada, ni siquiera comprendida. Tocornal es brutal y sanguinario, y simultáneamente se opone al sistema al que sirve. Más moral que política, más reflexiva que narrativa, muy bien contada, con una sequedad hiriente y un sentido muy preciso del tiempo, con personajes episódicos bien trazados, *La edad de los protagonistas* se emparenta, en valor literario, con *La buena letra*, de Chirbes, y no desmerece al lado de nuestra novelística más celebrada. Su tema es la desintegración del yo en una época en que el yo era una soflama. Su apariencia de thriller deja paso al diario, y éste se cierra para abrir, en la última parte, una impugnación de la justicia. Novelas así nos reconcilian otra vez con la literatura. F. S.

*Celda 211*. Francisco Pérez Gandul. Lengua de Trapo. Madrid, 2004. 221 páginas. 16 euros.

*La fatiga del vampiro*. José Morella. Bassarai. Victoria-Gasteiz, 2004. 189 páginas. 13,46 euros.

*La edad de los protagonistas*. Gabriel Ramírez Lozano. Dilema. Madrid, 2004. 151 páginas. 9,50 euros.